

rotaba casi del todo al tiempo que extendía inverosímilmente los brazos y manos y se quedaba mirando de reojo para echar el paso.

Cuando se alejaba cogido del brazo de Pablo, suspirábamos los chicos, como si al apartar la atención de las contorsiones nos hubiéramos quitado un gran peso de encima.

Pablo lo pelaba, Pablo lo afeitaba, Pablo lo cuidaba en todo, lo llevaba a las fiestas y al campo en una tartaneja, durante muchos años. La imagen de Federico es inseparable del «Recental», al que va unido en el recuerdo de varias generaciones de principios del siglo que corre. Vestidos majos en la feria, en la Virgen del Rosario, en las máscaras del Altozano, en San Sebastián, en la Pascua de Jesús.

COLITIS

CUALQUIER observador puede comprobar, como se dijo en el fascículo quinto, que las apreciaciones vulgares de una época son las sostenidas por los técnicos de la anterior. Ahora, como la vida es más acelerada, los técnicos pueden ver sus maneras enraizadas en las gentes de su tiempo y tendrán que soportar también la reacción de sus colegas nuevecillos.

La palabra «colitis» es una de las de triunfo arrollador en nuestro tiempo. Hasta hace poco, cuando las diarreas infantiles eran algo insólito, las familias hablaban de irse de vareta, de cagueta y, a lo sumo, de diarrea o de corriente. Empezaron los médicos a puntualizar y ahora todo el mundo tiene «colitis», hasta que lleguen los otros médicos, que asoman por el oriente y muy poseídos de su papel, destierren la «colitis» e implanten su saber, que el viento se llevará luego.

ESTAR TENIENTE

ERA lo que le pasaba al «Sordo Encinas», del muy ilustre gremio del tirapié alcazareño, oficial del Zapatero «Gordo», jovial y divertido donde los haya, estaba el hombre «como una tapia». Ulpiano lo festejaba mucho y decía humorísticamente que «trasoía un poquito».

Era la única falta reconocible en él, descontando la voz chillona y la risa, que se oía desde la Plaza.



LA LANGOSTA

MUCHAS veces, después de una nube grande, se hablaba en Alcázar de lo que había caído y se citaban las ranas y las hormigas como venidas con las aguas.

La humedad acentuaba el ambiente de pobreza del lugar y desprendía un hedor agrio, penetrante, de zurrón de mendigo. Sin necesidad de que lloviera, algunas nubes sembraban la desolación; tales las «nubes de langosta».

Recuerdo algunas, terribles, en las siestas del agosto, aquellas siestas de bochorno asfixiante, sin un pelo de aire, en que se oprimía el cuerpo sin poder respirar y de pronto se llenaba la casa de langostas, se nublaba el sol y se oían los clamores de la calle.

¡La langostal. ¡La langostal!

Grandes y chicos la emprendían contra el voraz insecto, pero inutilmente, cuando más mataban más había.

Los sembrados ya en sazón, inmóviles en la siesta sin aire, se abatían bajo el peso de aquel manto de sombra que formaba la masa de saltamontes y las espigas desaparecían devoradas en un santiamén.

La gente, enristecida y llorosa, comentaba largamente la ocurrencia. Los hombres hablaban del valle de Alcudia, de los mares de tierra, lugares de aovo, de los que se alzaban las nubes de langosta que caían como las de piedra, destruyendo en un instante la cosecha del año y dejaban al pobre labriego sin pan y sin alientos.